



Homilía en la Misa del Congreso Diocesano de Educación

Sábado, 15 de febrero 2020

En el cartel anunciador de nuestro Congreso Diocesano de Educación, que es una obra de arte sugerente y rica de mensajes, es fácil advertir cómo en el centro del diseño está Cristo como maestro; Él es el Logos hecho carne, la encarnación de Dios, de la Razón Creadora; El, el Hijo de Dios, se reveló al mismo tiempo como la Luz del mundo, como el Camino, la Verdad y la Vida. El gran favor del cristianismo hoy a la educación es ensanchar la razón, y así, centrarse en la persona, proponiendo un modelo de ser persona, que piense, ame y actúe como Cristo.

En nuestro Congreso, por tanto, tiene un enorme sentido que, además de el gran encuentro entre nosotros que hemos venido realizando de diversas maneras estos días, acentuemos el encuentro con Cristo, que si bien ya hemos facilitado en diversos momentos, es en la Eucaristía donde de modo sacramental viene a nosotros. Esto mismo se expresa en este hermoso templo, tal como me comentaba esta misma semana D. Vicente Martínez, Vicario General y director que fue de este Colegio, quien ante la fotografía de la Capilla del Rosario, del Libro Guía presentado ayer, me explicaba que eran catorce misterios del rosario los esculpidos en tan exuberante retablo, y que faltaba uno, el del Nacimiento del Señor, y esto debido a que la mesa del altar era la realidad de esa representación, pues en el altar de la Eucaristía, realmente viene, nace Jesús, el Señor, para nosotros. Acojamos, pues, en el corazón del Congreso que hoy concluye, al

Señor; que en esta Eucaristía nace, se entrega y viene a nuestras personas.

También guarda una gran lógica, que hayamos escogido para celebrar la Eucaristía en este esplendido marco, una misa dedicada a la Virgen, no solo porque hoy es sábado, día especialmente dedicado a ella, sino porque muchas cosas, aquí, nos hablan de ella, comenzando porque este templo está dedicado a ella en su advocación del Socorro, y siguiendo porque estamos en medio de dos retablos del Rosario, presididos por sendas imágenes de María; y, además, en un lugar que en su origen fue de dominicos, en quienes descansó la fundación del Arzobispo Loazes, y que hicieron realidad el sueño de nuestro Patriarca y la institución cuya configuración como Universidad Pontificia, ayer especialmente y en todo el Congreso, hemos conmemorado. Dominicos, orden especialmente de María, cuya huella, enamorada de ella, sigue viva en la piedad de Orihuela y de la mariana Vega Baja, toda transida de imágenes y advocaciones de Santa María y de los ecos de los auroros que le cantan.

Y era, quizás, oportuno en un Congreso que ha congregado personas entendidas y comprometidas en la gran tarea de la Educación, en tiempos no fáciles para la misma, escoger el contemplar y honrar a María con el título de “Causa de nuestra alegría”, pues ella que nos dio a Cristo, ha sido comprendida por la fe de la Iglesia de ésta manera por su cooperación en la Encarnación del Verbo y en la obra salvadora de su Hijo, que nosotros deseamos que alcance al mundo de la Educación.

Y así, la celebración de María con este título nos ha traído la lectura del Evangelio de la Visitación, una lectura profundamente determinada por dos miradas de fe: de Isabel, de María. También nosotros necesitamos esta mirada, una capacidad visual que penetre en lo hondo de los acontecimientos que vivimos. Unos ojos que sepan reconocer que la fe, la alegría que viene del Espíritu y el servicio –los elementos que emergen de la lectura del texto de S. Lucas- son como la punta de un iceberg. Indican que debajo hay algo grande, enorme: “Aquel a quien los cielos no pueden contener”.

Es la presencia de Dios lo que, de modo tan extraordinario como hemos oído en el Evangelio, motiva y alimenta la fe, la alegría y el servicio. Pero si dejamos que las tibias aguas de la cómoda indiferencia, de la prisa, de los afanes de nuestra propia realización, se suelten y quiten espacio en nosotros a la presencia de Dios, entonces todo se pone al revés: la fe se convierte en ideología o huida de la realidad; la exultación en el espíritu, en euforia o en alegría pasajera y superficial; el servicio, en búsqueda de nosotros mismos o autoafirmación.

Como María, procede que abramos la mente, el corazón, la vida a acoger a Dios y su voluntad: Es así como ella viene a ser el lugar privilegiado de la venida de Dios a la carne humana. Es así como ella es la mujer escogida por el Padre para realizar el inicio del nuevo mundo, y cumplir la esperanza de los profetas, como anunciaba Zacarías en la primera lectura, el sueño de Dios “dentro de ti”, hija de Sión; el sueño de Dios, que a través de ella, ha puesto su morada entre los hombres. Y su venida en ella se ha manifestado en el servicio y la alegría. Servicio que motiva el primer viaje de Jesús en esta tierra, en María que con prontitud sale de Nazaret, de ella misma y se arriesga a ir lejos, para servir. Alegría que transfigura la escena, en Isabel y en María, y en el mismo Juan que salta de gozo ante el Mesías que acude y se acerca. Alegría que señala a la presencia del Espíritu que inunda de felicidad, y que se expresa en las primeras bienaventuranzas del Evangelio.

Educar, como servicio de plenitud a la persona, debe ser camino para que nazcan miradas limpias, completas y nuevas; educar debe ser aliciente para saber, desde el encuentro de la verdad, y atravesar la propia realidad para abrirse al servicio del otro; educar, así, debe ser sembrar semillas de felicidad en el ser humano. Dios en Jesús ha venido para hacer ver, para romper cadenas, y hacernos bienaventurados, felices. Abrámonos a Él, acojámoslo, hagámoslo presente en la tarea educativa. Que María, causa de nuestra esperanza y alegría, interceda para que la plenitud de Dios, esté presente en nuestra tarea. Así sea.

✠ Jesús Murgui Soriano

Obispo de Orihuela-Alicante

